



“XII. El maíz: nuestro sustento, su realidad divina y humana en Mesoamérica”

p. 217-242

Miguel León-Portilla

Obras de Miguel León-Portilla

Tomo III. Herencia cultural de México

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas/El Colegio Nacional

2006

288 p.

ISBN 968-36-9538-8 (obra completa)

ISBN 970-32-2627-2 (volumen III, pasta dura)

ISBN 970-32-2626-4 (volumen III, rústica)

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de junio de 2020

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/obras_leon_portilla/466.html

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



XII. EL MAÍZ: NUESTRO SUSTENTO, SU REALIDAD DIVINA Y HUMANA EN MESOAMÉRICA*

1. INTRODUCCIÓN

Obvia realidad es que en el todo social y cultural de cualquier grupo o nación, cuanto concierne a su base alimentaria tiene vital importancia. Así —siendo incluso indicadores de los diferentes grados de desarrollo— no sólo se perfeccionaron variadas técnicas de obtención del sustento sino que aparecieron también diversas formas de concepción en mitos, magia, religión y ciencia en torno a los requerimientos alimentarios.

Cabe pensar, como ejemplo, en el perfeccionamiento de arcos y flechas entre quienes, además de recolectores, vivían también de la caza, y evocar, paralelamente, testimonios de pinturas rupestres en las que se miran escenas de cacerías de venados, liebres o aves. Las pinturas, realizadas tal vez para propiciar mágicamente la cacería, son de cualquier forma testimonio de una concepción en paralelo con el desarrollo de los arcos y las flechas.

Otro ejemplo —éste de nuestro propio tiempo— lo ofrecen los avances en las técnicas agrícolas con sus tractores y fertilizantes, y asimismo, en paralelo, las sofisticadas investigaciones a la luz de la genética en relación con tales o cuales plantas, semillas o animales.

Las concepciones de aquello que integra o pertenece a la base alimentaria de una sociedad han variado en una gama muy amplia, en las distintas culturas. Esto no sólo ha ocurrido por razón de los diversos marcos conceptuales, míticos, mágicos, religiosos, científicos... También ha habido grandes deferencias en lo que concierne a las otras ideas y realidades con las que puede correlacionarse o de hecho se correlacionó la concepción de uno o varios integrantes de la base alimentaria. Así, por ejemplo, hay en no pocas culturas mitos acerca del origen de un cereal u otro vegetal alimenticio que se circunscriben a hablar de la deidad que lo descubrió y entregó a los seres humanos,

* *América Indígena*, julio-septiembre 1988, v. XLVIII, núm. 3, p. 477-502.



proporcionando a veces algunos detalles sobre el modo, lugar y tiempo en que ocurrió tal acontecer primordial. Tal sería el caso del mito griego de la diosa madre Deméter —Ceres entre los romanos— que comunicó las artes de la agricultura y en particular del cultivo del trigo a Triptolemo, que en un carro alado hizo luego difusión de ello entre no pocos pueblos.

Ahora bien —y éste es el punto que aquí interesa destacar— en el caso de Mesoamérica, a la par del desarrollo de sus técnicas agrícolas, se produjo una muy compleja forma de conceptualización en torno a un elemento tenido como clave en su base alimentaria. Dicha conceptualización llegó a comprender no sólo múltiples interrelaciones con otras ideas y realidades sino que vino a constituirse en un elemento clave que confirió diversas formas de coherencia a la visión del mundo y al *ethos* o normas de comportamiento y estilo de vida de los mesoamericanos. De tal modo se presenta portadora de significaciones la conceptualización que aquí nos interesa que —tomándola como una especie de paradigma— cabe ver en ella un cierto género de fenómeno cultural digno de particular atención.

El núcleo de conceptos del que vamos a tratar es el que desarrollaron los mesoamericanos en torno al cereal básico para ellos, el maíz: *tonacáyotl*,** nuestro sustento. El estudio de numerosos testimonios procedentes de esta área cultural —en monumentos arqueológicos, códices y otros diversos textos— me lleva a adelantar como una hipótesis la idea de que precisamente la compleja conceptualización que llegaron a elaborar los mesoamericanos del maíz, rebasó las proporciones de un símbolo sagrado y pasó a convertirse en lo que llamaré “símbolo protagonista” o, más concisamente, protosímbolo.

Con este vocablo —protosímbolo— quiero significar que la realidad y la idea del maíz no sólo llegaron a concebirse por los mesoamericanos como portadoras de otras significaciones relacionadas con su universo sagrado sino que se entendieron y vivieron como algo primordial, sustrato y elemento que se torna presente en la plenitud de la cultura y, además de conferir a ésta nuevas formas de coherencia, se convierte en una de las claves primarias —protosímbolo—, esencial en la estructuración de la propia visión del mundo y del *ethos* de la comunidad.

A continuación presentaré y valoraré los testimonios que me han llevado a percibir, en la conceptualización mesoamericana del maíz, este peculiar fenómeno cultural de un símbolo protagonista, o protosímbolo.

** En lengua náhuatl. En otras lenguas mesoamericanas toma otras denominaciones.



2. EL MAÍZ EN LOS RELATOS SOBRE LOS ORÍGENES CÓSMICOS

En algunos relatos de la tradición prehispánica que hablan de la concepción mesoamericana de las edades o “soles” que han existido y terminado de acuerdo con sus respectivos *tonalli* o “destinos”, hay varias referencias a los distintos alimentos de quienes vivieron en cada una de ellas. En el conjunto de dichos testimonios sobresalen los de origen náhuatl incluidos en el *Códice Vaticano A (Antigüedades de México 1964: II, p. 5-8)*, la “Historia de los mexicanos por sus pinturas” (*Teogonía e historia de los mexicanos, 1965, p. 103-105*), la conocida como *Histoire du Mechique (Teogonía..., 1965, p. 27-31)* y la “Leyenda de los soles” (*Códice Chimalpopoca, 1975, f. 75-76*), así como en los textos mayenses del *Popol Vuh (1953 y 1971 passim)* y del *Chilam Balam de Chumayel (1967, p. 107-108)*.

Rasgo fundamental en lo expresado por dichos relatos a propósito de los alimentos en las variadas edades cósmicas es el de una cierta forma de proceso evolutivo concebido en función del maíz. La aparición final de éste se ofrece precisamente como la culminación de ese proceso.

Con algunas variantes, en las fuentes del ámbito náhuatl se mencionan, como proveedoras del sustento básico, plantas cuyos nombres guardan estrecha relación con el vocablo *centli* que significa mazorca de maíz. Así se dice que, después de haberse alimentado con piñones o con los frutos de los mezquites, quienes vivieron ya en otra edad comieron *acicintli*, una simiente como maíz que nace en el agua; luego *acocintli*, maíz que crece en alto (¿el que el doctor Francisco Hernández describe bajo el nombre de *tepecentli*, o sea, mazorca de maíz del monte?) (Hernández 1959: II, p. 287); después *cincozopi*, simiente como maíz, hasta que en el sol de los tiempos actuales el *cintli* o maíz, culminación del proceso, fue el alimento por excelencia.

En el caso del *Popol Vuh* y de otros textos mayenses, si bien no se alude expresamente al proceso evolutivo de los alimentos en las edades cósmicas, se proclama, en cambio, que fue en la edad contemporánea cuando el maíz, como realidad divina, apareció en el mundo. Según el libro sagrado de los quiché, gracias a que cuatro animales

dieron la noticia [a la que concibe y al que engendra: los dioses progeñitores] de las mazorcas amarillas y las mazorcas blancas... Y así encontraron al maíz, del que provino la carne del hombre.... Y ellos [los dioses] se llenaron de alegría porque habían descubierto una monta-



ña maravillosa llena de grandes cantidades de mazorcas amarillas, mazorcas blancas de maíz... (*Popol Vuh*, 1953, p. 175, y 1971, p. 146-147).

Y a su vez —según lo nota J. Eric Thompson— “en un lenguaje místico”, el *Chilam Balam de Chumayel* refiere lo que fue el aparecer del maíz en el mundo. Las palabras del Chilam Balam recogen la antigua tradición pero incorporando a ella conceptos de la religión cristiana, entre ellos el de *gracia*, con el que metafóricamente se designa al maíz:

Cuando no había aún cielo ni tierra; cuando el mundo estaba oculto, cuanto no había ni cielo ni tierra, el jade precioso de tres puntas, el maíz, nació de la gracia... Entonces ocurrió el nacimiento de la primera piedra preciosa, jade de la gracia, el maíz...

Allí estaban sus cabellos: su divinidad le llegó al aparecer...
(*Chilam Balam de Chumayel*, 1967, p. 107).

La conceptualización del maíz, ya no sólo como culminación de un proceso en la serie de plantas y semillas que lo antecedieron y renunciaron, sino como realidad en sí misma divina, la proclaman también varios textos en náhuatl y otras referencias en maya. Así, por ejemplo, en el canto sagrado que se entonaba en la fiesta de *Atamalqualizti* se expresa:

Nació *Cintéotl* en *Tamoanchan*,
Donde se yerguen las flores: 1-Flor.
Nació *Cintéotl* en región de lluvia y niebla,
donde son hechos los hijos de los hombres,
en donde están los poseedores de peces de jade...
(Garibay, 1958, p. 152).

Cintéotl, dios mazorca de maíz, nace en *Tamoanchan*, en el lugar del origen primordial, muchas veces equivalente a *Tlalocan*, mansión del dios de la lluvia, paraíso de abundancia. A su vez, en el ámbito maya es *Kan*, cuarto entre los signos de los días, el que trae consigo la presencia del “joven dios del maíz” —ideal de belleza— con el que se relaciona la diosa de la luna, asociada al día cuyo signo es *Caban*. Entre los varios nombres con que se invocaba a este dios hay uno, *Ah Kahuil*, que pone de manifiesto su relación esencial con los seres humanos y que significa “El de la abundancia de nuestro sustento” (Thompson, 1972, p. 289).

Dios y diosa es a la vez el maíz. Y en su ser dual —como el de la suprema deidad *Ometéotl*, dios dual— era invocado por los nahuas como *Cintéotl* y también como *Chicomecóatl*, la del signo calendárico



7-Serpiente. Ella, al igual que él, perdura en Tlalocan, paraíso del dios de la lluvia:

Siete mazorcas, ¡levántate!
Despierta, en verdad Nuestra Madre,
nos dejará huérfanos,
ya te vas a tu casa, *Tlalocan*
(Garibay, 1958, p. 187).

El origen portentoso del dios-diosa del maíz, concebido entre los mayas en relación esencial con signos del tiempo Kan y Caban, se ilumina algo más en otro relato náhuatl que habla de su nacimiento, esta vez en una cueva, lugar propicio del dios de la lluvia:

Los dioses descendieron todos a una caverna, donde un dios llamado *Piltzintecuhtli* estaba acostado con una diosa llamada *Xochipilli* [deidad asimismo dual conocida en su aspecto femenino como *Xochiquétzal*] de la cual nació un dios llamado *Cintéotl* [el dios mazorca]. El cual se metió debajo de la tierra y de sus cabellos salió el algodón, y de una oreja una muy buena semilla, que ellos comen gustosos, llamada *huazontli*, de la otra, otra semilla.

De la nariz, otra más llamada *chian*, que es buena para beber en tiempo de verano; de los dedos salió un fruto llamado *camohtli* [bata-ta] que es como los nabos, muy buen fruto.

De las uñas otra suerte de maíz largo, que es cereal que comen ahora y del resto del cuerpo le salieron muchos otros frutos, los cuales los hombres siembran y cosechan. Y por esto era este dios amado por todos los dioses y lo llamaban *Tlazopilli*, que quiere decir señor amado (*Teogonía e historia de los mexicanos*, 1965, p. 110).

El maíz se concibe como realidad divina y también primordial. En función de él —como culminación— se piensa el proceso evolutivo de los alimentos en las edades cósmicas. Y, como se ha observado en el último de los textos citados, de su ser divino provienen los otros mantenimientos, los “que los hombres siembran y cosechan”. En el universo de los seres divinos —según lo hemos visto— *Cintéotl*, el dios mazorca de maíz, era tan admirado y querido que los otros dioses lo llamaban *Tlazopilli*, señor, hijo o noble, amado. Conociendo ya que el maíz es realidad divina y primordial, importa ahora adentrarse en sus relaciones y aun identificaciones con los seres humanos.



3. EL MAÍZ CARNE DE LOS HOMBRES

Ya se ha aludido, al citar el *Popol Vuh*, a la proclamación que en él se hace de que “del maíz provino la carne del hombre” (*Popol Vuh*, 1953, p. 175, y 1971, p. 146-148). Cabe recordar aquí que, al igual que en el caso de los alimentos, también en los textos mesoamericanos se evocan, como parte del proceso evolutivo —concebido como una especie de espiral— las diversas formaciones de seres humanos, forjados con diversas materias o sustancias. De barro fueron hechos los primeros, o de ceniza al decir de los *Anales de Cuauhtitlán*. Resultando seres estúpidos, incapaces de hablar, fueron destruidos. De madera se les forjó en otra edad, pero fue también intento desafortunado. Esos seres de madera no tenían ni corazones ni capacidad de pensar, casi no tenían sangre. Por ello “fueron aniquilados, destruidos y deshechos los muñecos de palo y recibieron la muerte” (*Popol Vuh*, 1953, p. 94, y 1971, p. 24-25). Por tercera vez hubo hechura de hombres, ahora valiéndose de una masa de la semilla nombrada *tzité* para formar el cuerpo de los varones y de unas espadañas, el de las mujeres. Sólo que tales humanos tampoco fueron capaces de pensar y de adorar a los dioses. Así una gran lluvia cayó sobre ellos, fue como una avalancha, y perecieron. Los animales y los utensilios que habían alcanzado a producir se habían rebelado también contra ellos. De este modo terminaron.

En la secuencia de las edades cósmicas, para los mayas la cuarta era la actual. En ella, a la postre, hubo culminación en el proceso evolutivo. A los dioses supremos correspondió llevar a cabo la acción portentosa:

He aquí, por tanto, el principio de cuando se inventó al hombre y se dispuso lo que debía entrar en la carne del hombre. Hablaron la que concibe el que engendra, el hacedor, el que da forma, *Tepeu* y *Gucumatz*: Ha llegado el amanecer, que la obra se termine y aparezcan los que nos han de sustentar, nutrir, los hijos nacidos en la luz, engendrados en la luz; ¡que aparezca el hombre, los que habiten la tierra! Así dijeron. (*Popol Vuh*, 1953, p. 174, y 1971, p. 145).

Deseosos los dioses de poder establecer la relación buscada con los humanos —darles vida y alimento, y recibir de ellos adoración y sustento— deliberaron de qué debían hacer el cuerpo de sus futuros servidores. Entonces, según ya vimos, con el auxilio de los animales sagrados, descubrieron el maíz y con él dieron forma a los hombres:



y moliendo entonces las mazorcas amarillas y las blancas, hizo *Ixmucané* [la Diosa madre] nueve cargas [del maíz amarillo y del blanco]. Este alimento, con agua, iba a producir la fuerza e iba a ser la grasa del hombre...

Y así entraron en plástica acerca de la formación, la hechura de nuestra primera madre y padre. Sólo de maíz amarillo y blanco se hizo su carne. De masa de maíz se hicieron los brazos y las piernas del hombre. Sólo de masa de maíz se hizo la carne de nuestros padres, los cuatro hombres que fueron hechos.

(*Popol Vuh*, 1953, p. 176, y 1971, p. 148-149).

Los seres humanos que fueron así formados, de la masa del maíz, resultaron tan inteligentes que los dioses, asustados de lo que habían logrado, decidieron poner vaho en los ojos de los mortales para que, sin privarlos de su razón, no llegaran a querer hacerse sus iguales.

Testimonio de esto mismo —si se quiere el más sencillo— en el caso de los pueblos nahua, lo da el vocablo *to-nacá-yotl*, aplicado al maíz y derivado de la forma *to-naca-yo*, que significa nuestra carne. Así, el maíz en su integridad —planta, mazorca y grano— se enuncia expresando que constituye lo que es nuestra carne.

Me referiré aquí a dos formas de extraordinaria representación plástica de la relación consustancial del maíz con el hombre. Una proviene de Palenque, en el mundo de la cultura maya. Otra se halla en un códice prehispánico relacionado con los nahuas.

Atenderé primero al testimonio palencano. Se sitúa éste en la cripta funeraria del llamado Templo de las Inscripciones y es precisamente la lápida sepulcral, colocada allí en el año 683. Como lo ha notado Beatriz de la Fuente:

El contenido [del bajorrelieve] de la losa del sarcófago es una síntesis simbólica de la visión cósmica y existencial de los mayas de Palenque. (De la Fuente, 1965, p. 124).

En la gran superficie rectangular de la lápida, de 3.80 m. de largo por 2.20 m. de ancho, circundada por una franja de signos astronómicos, se mira la figura de un hombre que yace sobre el mascarón del dios de la tierra. De esa misma tierra ha nacido y se yergue la gran imagen cruciforme, que no es otra cosa sino la planta de maíz, en torno a la cual hay un mundo de símbolos: una serpiente bicéfala que evoca la dualidad divina, otras cabezas o crestas de ofidios, una extraordinaria ave celeste que se posa en lo más alto de la planta, así como las mascarillas del dios de la lluvia a ambos lados.

Citaré de nuevo a Beatriz de la Fuente, que se ha especializado en el estudio de la iconografía de Palenque. A su parecer:

La escena... se refiere al ciclo interminable de la dicotomía de la vida y de la muerte. Dos niveles que se aprecian en la escena, uno inferior, que podría ser el terrestre, definido y enmascarado por los tentáculos de las fauces descarnadas en cuyo interior el mascarón de la tierra sirve de asiento al hombre joven, y que simbolizan el origen de la vida a partir del seno terrestre.

Un nivel superior se refiere a la superficie de la tierra y al ámbito celeste, en el cual la vida cobra forma en la planta del maíz, y las serpientes, ofidios, pájaro celeste y mascarillas de dioses de la lluvia como signos del agua que cae del cielo, son complementados por la presencia de las caras solares cuya morada es también la bóveda celeste. (De la Fuente, 1965, p. 125).

Henchida de connotaciones cósmicas, en esta lápida —como las de la Cruz y de la Cruz Foliada, también en Palenque— la imagen cruciforme, es decir la planta de maíz, es elemento primordial. En tanto que en las otras dos lápidas antes mencionadas la planta del maíz está flanqueada, en cada caso, por dos figuras hieráticas, en la del sarcófago aparece vinculada más directamente con todos los planos del universo y con la efigie del hombre. Surge el maíz del ser del dios de la tierra, da vida al hombre y penetra en el mundo celeste. Como, en síntesis, hay en la lápida plástica exaltación del trascendental significado del maíz, ser y sustento del hombre, vínculo entre lo que es terrenal y divino, todo ello como mensaje de vida allí donde se oculta la muerte en los restos de un gran señor.

La otra representación del vínculo consustancial del hombre con el maíz la ofrecen las páginas 33 y 34 (mitad superior) del *Códice Fejérváry-Mayer* (1985). En ellas se miran cuatro figuras humanas sedentes, de cuyas respectivas cabezas brota una planta de maíz con una o varias mazorcas. Las figuras humanas descansan sobre diversos tipos de suelos —en un solo caso sobre el agua— y de la parte inferior de ellas salen las raíces de la planta de maíz. La incorporación del maíz, *tonacáyotl*, al cuerpo de los seres humanos, *tonacayo*, nuestra carne, es aquí reiteración de lo expresado en los antiguos relatos. Una deidad acompaña a cada figura humana, Chalchiuhtlicueh, diosa de la falda de jade (de las aguas terrestres), Cintéotl, dios del maíz, Xiuhtecutli, dios del fuego, y Tláloc, dios de la lluvia; todos relacionados con el cultivo de las sementeras.

La incorporación del maíz al ser mismo del hombre en estas imágenes del código tiene un paralelo en otro de los himnos sagrados



recogidos por fray Bernardino de Sahagún, el dirigido a Xipe Tótec, nuestro señor el desollado, dios de la fertilidad. En el himno aparece hablando la mata de maíz en estrecha relación con el ser humano. Al dirigirse al dios de la fertilidad expresa de él que “lleva a cuestras jades de agua”. Con ella habrá de refrescar a la tierna mata que brota en provecho de los humanos cuyo cuerpo, también de maíz, se fortalecerá con ella:

...Mi dios lleva a cuestras jades de agua,
por el camino del agua es su descenso,
[ahuehuete] [sabino] precioso,
preciosa serpiente de turquesa.

El a mí concede favores,
que me alegre, que no perezca,
yo la tierna mata de maíz,
esmeralda es mi corazón
veré al agua como algo precioso.

Mi corazón se refrescará,
el hombre primigenio se hará fuerte,
nació el Señor de la guerra,
Mi Señor Mazorca, *Notecuhcintli*,
su rostro en alto...
(*Códice Matritense*, 1905, f. 42v.)

El hombre, cuyo ser primigenio es de maíz —según se reitera en las imágenes plásticas del *Códice Fejérváry-Mayer* y en el himno sagrado incluido en el *Matritense*— establece así fundamental relación con el universo de la divinidad. Su ser de maíz recibe su sustento y apoyo de ella.

Atendiendo ahora a otro concepto básico en el pensamiento religioso de los mesoamericanos, será posible ahondar mucho más en la relación fundamental que se estableció entre dioses y hombres, precisamente con base en el maíz. Se reitera de muchas formas en los textos, sobre todo en los transmitidos en náhuatl, que para dar nueva vida a los humanos los dioses tuvieron que sacrificarse a sí mismos. Su sacrificio se describe valiéndose del verbo *tlamacehua*, que significa hacer penitencia, merecimiento. La muerte sacrificial de los dioses, teniendo como entorno sagrado a un Teotihuacan primordial, y luego también el autosacrificio particular de Quetzalcóatl que se sangró su miembro viril para dar vida a los huesos de generaciones antiguas, pulverizados y mezclados con masa de maíz, fueron dos formas de *tlamacehualiztli*, penitencia, merecimiento.



Y, como se lee en el relato conservado en el *Códice Matritense*, ejemplo extraordinario de la expresión literaria en náhuatl, contemplando su acción, los seres divinos, dijeron: ¡Han nacido, oh dioses, los *macehualtin* [los merecidos por la penitencia]! Porque por nosotros hicieron penitencia los dioses [*ipampa topan otlamaceuhque in teteoh*] (*Códice Matritense*, 1905, f. 161v.)

“Merecidos” en el mundo de lo que existe, los *macehualtin*, formados con la masa del maíz —el sustento primordial, culminación en la edad presente de un proceso evolutivo, identificado asimismo como deidad dual e ingrediente esencial en la carne de los humanos— tendrán ellos mismos que hacer sacrificio, merecimiento (*tlamacehualiztli*). Así lo reiteran, tanto el *Popol Vuh* como varios relatos en náhuatl: los *macehualtin* han de adorar y alimentar a los dioses. Su ser mismo de maíz, su fuerza, su corazón y su sangre son la realidad divina que los dioses requieren para hacer posible la perduración de la vida.

Perfilándose la conceptualización del maíz como realidad primordial, culminación en sí misma, divina y humana, y elemento básico de sustentación e interrelación entre hombres y dioses, encontramos también en los textos que es origen de múltiples resonancias y consecuencias en la visión del mundo y el *ethos* mesoamericanos. Entre otras cosas el universo sagrado de las fiestas adquiere el carácter predominante de una liturgia del maíz. También en las disposiciones legales y en el comportamiento cotidiano resulta multipresente el maíz. El poder de los que gobiernen tendrá mucho que ver con la economía del maíz. El recetario del maíz será cada vez más rico. Y en la visión del mundo y el pensamiento religioso se multiplicarán los relatos en que dioses y hombres actúan en torno al maíz. El carácter de protosímbolo, que fue adquiriendo la conceptualización original, se amplía y se torna visible en una compleja gama de presencias entre las que no son las de menor importancia las que tienen que ver con la adivinación, la medicina, el comercio y la guerra.

4. LA LITURGIA DEL MAÍZ

El estudio del ciclo de las fiestas a lo largo del año solar muestra que, como un hilo conductor, tenía primacía en su secuencia la propiciación de los dioses para obtener el sustento de los seres humanos. En este sentido puede afirmarse que la secuencia de las fiestas y sus rituales guardan relación directa con el ciclo de la agricultura. Esta se concebía como el quehacer por excelencia de los hombres, y también



como un don recibido de los dioses, en particular a través de Quetzalcóatl, el dios símbolo de la suprema sabiduría y, asimismo, el sacerdote que había sido guía espiritual de los toltecas.

En múltiples lenguas de Mesoamérica se ha repetido —si se quiere con algunas variantes secundarias— el relato que hasta hoy puede escucharse en algunas comunidades nativas acerca de cómo Quetzalcóatl, auxiliado por los dioses de la lluvia, obtuvo el maíz, *tonácayotl*, en el monte de nuestro sustento, el Tonacatépetl. De ese relato citaré aquí, al menos, la parte medular según la versión en náhuatl:

Luego Quetzalcóatl llevó el maíz,
a Tamoachan, lugar de nuestro origen,
allí mucho de él comieron los dioses,
y después en nuestros labios
puso maíz Quetzalcóatl
para que nos hiciéramos fuertes...

Y en el monte de nuestro sustento
Nanáhuatl [dios costeño de la lluvia]
lanzó enseguida un rayo
entonces tuvo lugar el robo
del maíz, nuestro sustento,
por los dioses de la lluvia.
El maíz blanco, el oscuro, el amarillo,
el maíz rojo, los frijoles,
la chíá, los bledos
nuestro sustento, para nosotros
(*Códice Chimalpopoca*, 1975, f. 77).

Así obtuvieron los dioses, gracias a Quetzalcóatl, lo que es sustento divino y humano. Y de modo especial los dioses de la lluvia, los *tlaloqueh*, para siempre quedaron vinculados al culto del maíz. Ahora bien, como en imitación de la obra primordial de Quetzalcóatl, mucho tiempo después, en la época del esplendor tolteca, su sacerdote Ce-Acatl, 1-Caña, hizo florecer, como nunca antes, la agricultura y en especial la del maíz.

Los toltecas eran ricos,
no tenían precio allí
el alimento, la bebida,
tonácayotl, lo que es nuestro sustento,
Las calabazas eran muy grandes y gruesas,
y las mazorcas de maíz



lo eran tanto como la mano del metate;
tan sólo con el brazo
podían abarcarse.
y las matas de los bledos
eran tan altas
que se podía trepar en ellas.
Y se producía algodón de varios colores,
rojo, amarillo, rosado, verde,
verdeazulado, azul, verde claro,
amarillo rojizo, moreno,
y matizado de muchos colores.
Todos los tenía de por sí,
así brotaba,
nadie tenía que teñirlo (*Códice Florentino*, 1979: III, p. 3).

El maíz y todo lo que forma parte de *tonacáyotl*, nuestro sustento, siendo don de los dioses, debía obtenerse por medio del trabajo y también de la impetración, la *tlamacehualiztli*, merecimiento y sacrificio. Así, en forma paralela, se correspondían los dos ciclos, uno y otro sagrados: el de la agricultura y el de las fiestas.

No siendo posible adentrarse aquí ni en la descripción de las faenas agrícolas ni en el análisis de los textos que hablan del gran conjunto de las fiestas a lo largo de las dieciocho veintenas del año —lo que requeriría el espacio de más de un libro— haré tan sólo una doble forma de referencia. Por una parte señalaré las principales fuentes para el estudio de estas celebraciones: sobre todo las obras de fray Bernardino de Sahagún (1979) y fray Diego Durán (1967), así como varios códices, entre ellos el *Borbónico* (1974), *Magliabecchi* (1983), *Telleriano-Remense* (1974) y *Tudela* (1980). Por otra, en vez de pretender abarcar el conjunto de las fiestas, me limitaré a señalar las principales formas de presencia en ellas de *tonacáyotl*, nuestro sustento, como deidad, tema de oraciones, cantos, relatos y conjuros, pluriforme ofrenda a los dioses, variado alimento de los hombres, parte de muchos atavíos, y también instrumento de adivinación.

Dado el paralelismo entre el ciclo agrícola y el de las fiestas sagradas, puede decirse que las deidades especialmente adoradas en cada celebración tenían una relación particular con lo que requerían las sembreras en el correspondiente periodo del año. Así, en la primera veintena denominada *Atlcahualo*, es dejada el agua (o ha dejado de llover), y nombrada también *Atl motzacuaya*, se ataja el agua, la invocación se hacía sobre todo a los *tlaloqueh* o dioses de la lluvia. Proclamación que buscaba propiciarlos precisamente para obtener el maíz, nuestro



sustento, la ofrece otro de los nombres que también se daba a esta fiesta: *Xilomanaliztli*, ofrecimiento de mazorcas tiernas. El merecimiento y sacrificio (*tlamacehualiztli*) implicaba otras varias formas de ofrenda: niños que habían de sufrir muerte ritual, matas pequeñas de maíz y de otras plantas que acababan de brotar en las sementeras, y que se llevaban a los templos, diversas maneras de autosacrificio. A la par que se entonaban cantos sagrados y se hacían danzas y procesiones, también se elevaban plegarias, “pidiendo a los dioses año fértil y bueno... En él [día de fiesta] comían comidas nuevas y diferentes de los días cotidianos...”, entre ellas varias hechas de maíz (Durán, 1967: II, p. 240).

En la secuencia del ciclo de fiestas se tomaba siempre en cuenta la etapa que correspondía al desarrollo natural de los sembradíos. La necesaria fecundidad de la tierra, asociada al culto de Xipe Tótec, el señor nuestro desollado, además de los sacrificios, traía consigo dos formas de relación directa con el maíz. Una era disponer de sartales de mazorcas, que debían estar colgadas de los techos de las casas. La otra consistía en preparar con esas mazorcas, que así se habían colgado desde tiempo antes, unas tortillas torcidas que llamaban *cocolli*. Con ellas hacían, además una especie de guirnalda: “y se componían con ellas y bailaban ceñidos con ellas todo aquel día. De estas tortillejas ofrecían mucha cantidad de ellas” (Durán, 1967, p. 243).

Aunque la deidad del maíz —con ofrendas y alimentos hechos de *tonacáyotl*, el cereal que es nuestro sustento— era objeto de veneración a todo lo largo del ciclo agrícola, había ciertos momentos tenidos como particularmente significativos en los que se invocaba y propiciaba de modo especial. Varios eran los nombres con los que era invocado en tales fiestas: Cintéotl, dios mazorca, Chicomecóatl, la del signo calendárico Siete-Serpiente, Xilonen, la que vive como mazorca tierna, y Chalchiuhcīhuatl, la señora de jade.

La fiesta de la cuarta veintena —llamada *Huey Tozotli*, gran vigilia, o también *Ochpaniztli*, barremiento— giraba por entero en torno al culto de Cintéotl-Chicomecóatl. Si, como parece ser, esta fiesta caía a principios de abril, se comprende el apremio de quienes cultivaban la tierra:

Iban todos por los maizales y los campos y traían cañas de maíz y otras yerbas que llaman *mécoatl*, “Brote del maíz”. Con estas yerbas enramaban al dios de las mieses, cuya imagen cada uno tenía en su casa... y ponían comida delante de esta imagen, que eran cinco *chiquihuites* [canastas] con sus tortillas...

Cortaban un cañuto de maíz verde y henchíanlo de todas aquellas viandas...



Después, a la tarde, llevaban todas estas comidas al templo de la diosa de los mantenimientos llamada *Chicomecóatl* y allí andaban a la rebatiña con ellas y lo comían todo (Sahagún, 1946: I, p. 146)

Era también entonces cuando llevaban a los templos de Cintéotl *Chicomecóatl* las mazorcas que guardaban para semilla de siembra. El propósito era consagrarlas. Las llevaban varias doncellas en procesión. El texto en náhuatl, que describe con minuciosidad esta fiesta, concluye recordando que, una vez consagrado el maíz, las doncellas regresaban con él a sus casas y allí colocaban las mazorcas “en el hondón de la troje y decían que era el corazón de ella” (Sahagún, 1546: I, p. 148).

Y en el texto en náhuatl del *Códice Florentino*, que habla de esta fiesta, se añade que cuando llegaba el tiempo de hacer la siembra con las semillas de maíz consagradas, volvían a festejar a *Chicomecóatl* y, haciendo su imagen de maíz, decían:

En verdad ella es *tonacáyotl*, nuestro sustento...
porque en verdad es nuestra carne, nuestra vida,
por ella vivimos, es nuestra fuerza,
si ella no existiera, en verdad moriríamos
(*Códice Florentino*, 1979: I, p. 23).

La liturgia de *tonacáyotl*, nuestro sustento, presente de diversas formas a lo largo de las veintenas de días, mantenía siempre su doble sentido —unitario en el fondo— de satisfacer los requerimientos primordiales de dioses y hombres y, en consecuencia, del universo entero. Los dioses —como se reitera en el *Popol Vuh* y en diversos textos nahuas como el *Códice Florentino*— necesitan recibir la ofrenda, sangre y carne de los merecidos por el sacrificio, los *macehualtin*. A su vez los seres humanos, sin *tonacáyotl*, nuestro sustento, no pueden existir. Lograr el maíz y los mantenimientos en sus variadas formas ha de ser *to-macehual*, nuestro merecimiento. Pero, para hacerse digno de él, la única acción posible es también la *tlamacehualiztli*, el correspondiente merecimiento de los sacrificios.

La economía del universo que concibieron los mesoamericanos se nos torna así más comprensible. Dioses y hombres se necesitan mutuamente. Para existir en plenitud deben hacer merecimiento unos de otros. La realidad por excelencia gracias a la que tal merecimiento recíproco ha de llevarse a cabo es a la vez divina y humana.

Tonacáyotl, el maíz, nuestro sustento, semilla de vida en función de la cual cabe entender el proceso evolutivo de los soles o edades



anteriores y, en suma, culminación en la edad presente, es en sí misma divina y humana. Dioses, que son un aspecto del supremo Ometéotl, la divina dualidad, en cuanto concebida como sustento de la vida, identifican su ser con el del maíz. Tal es el caso de Cintéotl-Chicomecóatl. Y, en correspondencia, la carne del hombre es también de maíz. Así, cuando los dioses conceden al hombre su sustento, le están haciendo entrega de algo de su propio ser divino. Y cuando los hombres realizan los sacrificios, con su mismo *tonacayo* les pagan y compensan, en alimento de sangre y de carne.

Tal vez, como ningún otro, reafirmó esta creencia el sabio señor Tlacaélel, cuando, al dar un consejo a Motecuzoma Ilhuicamina, le dijo que, para la nueva dedicación del Templo Mayor de México-Tenochtitlan, había que traer víctimas de lugares cercanos:

¡Sacrifíquense esos hijos del sol...! Porque yo he pensado lo que de hoy más se ha de hacer... porque no ha de estar atenido nuestro dios a que se ofrezca ocasión de un agravio para ir a la guerra sino que se busque un cómodo y un mercado donde, como a tal mercado, acuda nuestro ejército a comprar víctimas y gente que coma; y que bien, así como a boca de comal, de por aquí cerca halle sus tortillas calientes cuando quisiera y se le antojare comer, y que nuestras gentes y ejércitos acudan a estas ferias a comprar con su sangre y su cabeza las piedras preciosas... para el servicio del admirable Huitzilopochtli...

Este tianguis y mercado, digo yo, Tlacaélel, que se ponga en Tlaxcala y Huexotzinco... [para las “guerras floridas”, dirigidas a hacer prisioneros para el sacrificio], porque, si lo ponemos más lejos..., es de advertir que a nuestro dios no le son gratas las carnes de esas gentes bárbaras, tiénelas en lugar de pan [tortillas de maíz] bajo y duro... (Durán, 1967: II, p. 232-233)

Así lo que en una primera forma de comprensión de estas palabras de Tlacaélel suena a metáfora —son “tortillas calientes”, la carne de los sacrificados— ahondando, se torna en la realidad divina y humana, no ya metafórica, de lo que aquí he llamado el protosímbolo mesoamericano del maíz. De la liturgia de éste en las veintenas de días se han ofrecido tan sólo unas muestras. El estudio más amplio de las fiestas en las diferentes fuentes al alcance será aún más revelador. Podrán conocerse otros rituales, ofrendas, sacrificios, himnos, así como mucho más sobre el rico y maravilloso recetario del maíz, sustancia y alimento de dioses y hombres.

5. CUIDAR DEL SUSTENTO DE LOS *MACEHUALTIN*, OBLIGACIÓN Y JUSTIFICACIÓN DE QUIENES GOBIERNAN

A este último punto atenderemos, a la luz del propósito de acercarnos a la plurivalencia y multipresencia del protosímbolo del maíz en el todo social y cultural de Mesoamérica. Aquí, como en lo hasta ahora expuesto, los límites de espacio me obligan a unos cuantos ejemplos. Comenzaré aduciendo un antiguo relato en el que cabe contemplar con los ropajes del mito la importancia que puede llegar a tener el comportamiento de los que gobiernan, con sus consecuencias en lo que concierne al sustento del pueblo.

Según un texto de la *Leyenda de los soles*, entre los acontecimientos que antecedieron a la segunda y definitiva ruina de Tula, la metrópoli de los tolteca, uno fue la aparición en ella de algunos *tlaloqueh* que se presentaron para invitar al supremo gobernante, el nombrado Huémac, a competir con ellos en un juego de pelota. Aceptada la invitación, la apuesta fue jades y plumas de quetzal. He aquí lo que entonces ocurrió:

Y jugó entonces Huémac a la pelota. Compitió con los dioses de la lluvia, los *tlaloqueh*. Le dijeron estos: ¿Qué obtendremos si ganamos? Huémac respondió: —Mis jades, mis plumas preciosas de quetzal. Y una vez más dijeron los dioses de la lluvia a Huémac: —Lo mismo obtendrás tú, nuestros jades, nuestras plumas preciosas de quetzal.

Y entonces jugaron. Allí salió vencedor Huémac. Fueron luego los dioses de la lluvia a conseguir lo que habían de entregar a Huémac, mazorcas tiernas de maíz, verdes como plumas preciosas de quetzal, y hojas de maíz, en las cuales se hallan las mazorcas tiernas.

Pero Huémac no las quiso, dijo: —¿Es esto lo que yo obtengo por haber vencido? ¿Acaso son éstas los jades, las plumas preciosas de quetzal? ¡Quitad esto de aquí!

Dijeron entonces los dioses de la lluvia: —Está bien. Dadle jades y plumas preciosas de quetzal, tomemos con nosotros los que son nuestros jades, nuestras plumas preciosas de quetzal, las mazorcas tiernas de maíz y las verdes hojas que las circundan.

Enseguida las tomaron y se fueron, y luego dijeron: —Está bien, ahora vamos a esconder nuestros jades, las mazorcas de maíz, ahora los toltecas por cuatro años habrán de sufrir hambre...

(*Códice Chimalpopoca*, 1975, f. 82).

El capricho del supremo gobernante Huémac trajo consigo la hambruna de su pueblo y la pérdida de Tula:



Heló. Cayó granizo hasta la altura de la rodilla.
Se perdió *Tonacáyotl*, nuestro sustento.
Y sólo en Tula
se asentó luego gran calor.
Todo se secó, los árboles,
los nopales, los magueyes.
Las piedras se resquebrajaron
por el calor.
Y los toltecas mucho padecieron, morían de hambre...
Y cuando se cumplieron cuatro años de que sufrían hambre, entonces
se aparecieron los *tlaloqueh* allí en Chapultepec, donde está el agua.
De ella vino a salir
una mazorca tierna, nuestro sustento.
Y allí contempló esto un tolteca.
Luego tomó lo que es el sustento
y mucho comió.
Y enseguida salió del agua uno de los *tlaloqueh* y le dijo:
—¡*Macehual!* ¿Conoces esto? Y el tolteca le respondió:
—Sí, en verdad, ¡oh dios! Que hace ya mucho lo habíamos perdido.
Y el *Tláloc* añadió:
—Siéntate en tanto que voy
a decirle al Señor [al supremo *Tláloc*].
Enseguida de nuevo se metió en el agua, pero no se tardó.
Luego pronto volvió a aparecer; traía consigo una brazada de mazorcas
tiernas
Y dijo al tolteca:
—¡*Macehual*, dále esto a Huémac. Piden los dioses a Tozcucueux,
la hija de los mexicas
[para ser sacrificada]
y en tanto ellos
se alimentan con la doncella,
todavía un poco comerán aquí los toltecas. Porque ya
pronto perecerá el tolteca
y se asentará el mexícatl (*Códice Chimalpopoca*, 1975, f. 82).

El texto refiere luego que la doncella fue entregada para la *tlamacuehualiztli*, que en este caso fue proveer de sustento a los dioses de la lluvia. Estos, por su parte, al igual que castigaron la arrogancia de Huémac que despreció las mazorcas de maíz, anunciaron, en cambio, el asentamiento de los mexica.

La lección del relato se mantuvo viva en los tiempos de México-Tenochtitlan. Así, cuando al morir un supremo gobernante, los sacerdotes se dirigían a sus dioses suplicándoles les concedieran otro que fuera bueno y justo, insistían de modo particular en lo que los



macehualtin esperaban de él para su sustento y el merecimiento ante los dioses:

¿Acaso el pueblo quedará abandonado? ¿Acaso será éste lugar de desolación? Los pobres, los que son gobernados, los que son la cola, el ala, necesitan un padre, una madre, buscaban ser gobernados, ellos, en verdad, los necesitados, que van en busca de un trozo de madera, de una yerba... que buscan una plantita... (*Códice Florentino*, 1979: II, p. 5).

Y siendo atributo y justificación del oficio de gobernante atender al sustento de los *macehualtin*, competía también por igual al supremo señor hacer que, gracias a los guerreros, se cumpliera la *tlamacehualiztli*, merecimiento y sacrificio para satisfacer a los dioses:

Y así, en verdad, el Señor de la tierra, el que es el mismo que el Sol, se alegrará: [a los dioses] dará el guerrero bebida, alimento, allí en lo que está por encima de nosotros, en la región de los muertos...

El que es pobre águila, pobre jaguar, [humilde guerrero], dará de beber, de comer al Sol, al Señor de la tierra... (*Códice Florentino*, 1975: VI, p. 3).

Del modo como los *tlatohqueh* o gobernantes se afanaban por cumplir estas dos obligaciones —justificación de su condición de dominio— hablan varias crónicas. Me limitaré aquí a recordar la actuación de Motecuzoma Ilhuicamina al tiempo de una gran hambruna que, por la sequía, afligió a los mexica. Según los *Anales de Cuauhtitlán*:

En un año 1-Conejo hubo hambruna. Nada de lo que es nuestro sustento se produjo...

Durante tres años perduró el hambre. Los hombres así aparecían. Los zopilotes y los coyotes hacían presa de ellos... (*Códice Chimalpopoca*, 1975, f. 51).

Tratando acerca de esta misma hambruna, la *Crónica mexicana* de Fernando Alvarado Tezozómoc, describe cuáles fueron las medidas que tomó Motecuzoma. Además de proporcionar al pueblo raíces de espadañas, pescado blanco, ranas y camaroncillos de los lagos, hizo sacrificios al dios Huitzilopochtli, y demandó de las gentes que le estaban sometidas entregaran cuanto maíz tuvieran en sus trojes. Con todo esto dispuso, en primer lugar, un gran banquete para que “dieran de comer a todos, que no quedase uno ni ninguno, cosa que fuesen todos muy satisfechos” (Alvarado Tezozómoc, 1944, p. 166).



En lo que toca a los sacrificios que entonces ordenó Motecuzoma, señala el cronista indígena que estos se efectuaron precisamente en la fiesta de Huey Tecuítli “la celebración grande de los señores” y que allí “todos los tamales y bollos habían de ser muy grandes, cosa que, con uno solo, fuese una persona satisfecha” (Alvarado Tezozómoc. 1944, p. 166). Si recordamos aquí lo que refieren algunos códices y otros textos acerca de dicha fiesta encontraremos que en ella se hacían sacrificios a Xilonen, la diosa que vive como mazorca tierna, y ello precisamente en el templo de Cintéotl, el dios mazorca. Al tener lugar esta festividad, según lo consigna el *Códice Florentino*, además del sacrificio humano:

Entonces se comían las tortillas hechas de las primeras mazorcas tiernas. Se ofrecían éstas, y también las cañas verdes de maíz se mascaban... Entonces por primera vez en el año, se olía el perfume de las flores, del *cempoaxuchitl* y de la flor del tabaco... (*Códice Florentino*, 1977: II, p. 27).

La obligación de los gobernantes y la forma de justificar el ejercicio del poder se cumplían, así, satisfaciendo a dioses y hombres con lo que es *tonacáyotl*, el maíz, sustento por excelencia, carne divina y humana a la vez. El orden de lo social, económico y político reafirmaba su esencial relación con el principio supremo del merecimiento y sacrificio, la *tlamacehualiztli*, intercambio vital entre dioses y hombres.

El ciclo entero del existir en la tierra —pensando incluso en el proceso evolutivo que culminó con lo que es *tonacáyotl*, nuestro sustento en la edad presente— se tornaría incomprensible para el hombre de Mesoamérica si prescindiera de la realidad, ser y alimento de dioses, y carne, ofrenda y sustento de hombres, gracias a la cual el flujo de vida perdura a través de la *tlamacehualiztli*, merecimiento y a la vez sacrificio.

Del maíz, protosímbolo, omnipresente y siempre en relación con el ser cultural de Mesoamérica, mucho más es lo que pueden decirnos los antiguos testimonios. Tan sólo hablar de él en su aspecto económico como tributo que recibían los mexica o como objeto preferencial en el comercio de los *pochteca*, mercaderes, o de la riqueza sin fin de su recetario requeriría centenares de páginas. Aquí —a modo de conclusión— opto por citar dos breves textos, uno tomado de un *huehuetlahtolli*, antigua palabra, en que el padre de noble linaje alecciona a sus hijos, y otro que es un conjuro, recogido por el bachiller Hernando Ruiz de Alarcón a principios del siglo XVII, en el que las virtudes, portentosas y divinas, del maíz se describen con un enjambre de metáforas. Comienzo citando el testimonio de la antigua palabra:



Escucha: el *tonacáyotl*, maíz, nuestro sustento, es para nosotros merecimiento completo. ¿Quién fue el que dijo, el que nombró al maíz, carne nuestra, huesos nuestros? Porque es nuestro sustento, nuestra vida, nuestro ser. Es andar, moverse, alegrarse, regocijarse. Porque en verdad tiene vida, nuestro sustento. Muy de veras se dice que es el que manda, gobierna, hace conquistas...

Tan sólo por nuestro sustento, *tonacáyotl*, el maíz, subsiste la tierra, vive el mundo, poblamos el mundo. El maíz, *tonacáyotl*, es lo en verdad valioso de nuestro ser (*Códice Florentino*, 1977: VI, p. 17).

El maíz *tocenmacéhual*, nuestro merecimiento completo, colmado, además de ser carne y huesos nuestros, sustrato de la vida, hace posible, con el perdurable intercambio entre dioses y hombres, el subsistir del mundo. Sin él la *tlamacehualiztli* merecimiento y sacrificio, dejaría de existir y, en consecuencia, perecerían los humanos, se debilitarían los dioses y la edad nuestra terminaría.

Con un sentido que viene a ser complemento de lo expresado por la antigua palabra acerca de la significación primordial del *tonacáyotl*, nuestro sustento, se conserva una invocación y sortilegio de particular interés entre los textos que recogió y transcribió Hernando Ruiz de Alarcón hacia 1629 entre indígenas nahuas habitantes de la región septentrional del actual estado de Guerrero. Dicho sortilegio forma parte del Tratado V de la obra que Ruiz de Alarcón designó *Supersticiones y costumbres gentílicas*. La invocación debía pronunciarse en el momento mismo en que se practicaba el sortilegio adivinatorio valiéndose de granos de maíz. Para tal fin se tomaba una mazorca y de ella se desprendían los más hermosos de sus granos, en números determinados, que podían variar pero tenían siempre connotaciones específicas. Según lo nota Ruiz de Alarcón, aquel que practicaba este sortilegio, después de colocar granos de maíz en diversas posiciones sobre un lienzo, “comienza su embelezo con los que le restan en la mano, meneándolos en ella y arrojándolos al aire y tornándolos a coger muchas veces y luego empieza la invocación siguiente:

Acércate, noble precioso [*Cintéotl*], *Chicomecóatl*. Venid los de los cinco *tonalli* o destinos, los dueños del recinto. Ahora es el tiempo que veamos el juego de sus palabras, la afixión de éste. ¿Acaso será mañana? ¿O acaso pasado? Porque en seguida, ahora, en este momento, yo *Cípac*, yo *tónal*, [yo *Cipactónal*, el primer hombre], yo el anciano, lo veré en el interior de mi libro, en mi espejo, el remedio que le hará provecho o si es que acaso empeorará (Ruiz de Alarcón, 1900, p. 193).



En la invocación se menciona a la deidad del maíz en sus dos aspectos, masculino y femenino, Tlazopilli, que es Cintéotl, y luego Chicomécotl. Se alude también a los dedos de la mano con los que se arrojan al aire los granos de maíz y se les llama los de los cinco *tonalli*, es decir los portadores de los destinos en el sortilegio de lo que es nuestro sustento. Lo que se busca en este caso es conocer si un determinado remedio hará bien o no al enfermo. De hecho los propósitos del sortilegio pueden ser otros, diríase que innumerables.

Quien hace la invocación proclama que se identifica con Cipactónal, el primero de los humanos que, como el primero de los días del calendario, tiene por nombre el del *tonalli* o destino de *cipactli* lagarto, el monstruo primigenio de la tierra. Así el concededor de los destinos, al tomar en sus manos los granos de maíz que dejarán ver lo que tendrá que ocurrir, pone toda su confianza en esas semillas que son realidad portentosa, evocación de la presencia de la deidad dual del maíz. Para cumplir mejor con su oficio quiere él identificarse con el primero de los humanos, cuyo ser fue hecho también de maíz, y con el cual comenzó asimismo la cuenta de los días y los destinos.

En la invocación se dice, además, que hay un libro y un espejo en los que el destino, lo que va a ocurrir, se contempla. Ese libro y espejo mágico son precisamente el lienzo donde se han colocado, en posiciones precisas, los granos de maíz. En tanto que la invocación prosigue, se pasa la mano con los granos de maíz sobre el lienzo, extendido. Luego se arroja el maíz por el medio y, según caen los granos, habrá de diagnosticarse el destino.

En el conjunto de sortilegios, de que hablan Ruiz de Alarcón y otras fuentes, los movimientos de las manos o de otras partes del cuerpo acompañan también invocaciones en las que, casi siempre, uno o varios de los dioses son también mencionados. Rasgo al parecer peculiar del sortilegio del maíz es que en él vuelve a convergir —como en otros textos referentes también a *tonacáyotl*— aquello que es primordial en el mundo, tanto de las realidades divinas como humanas. Por una parte, aparece en su ser dual el dios del maíz. Se manifiesta éste en los granos que se cogen con los dedos dueños de los *tonalli* o destinos. Por otra, se torna también presente el hombre primigenio, Cipactónal, cuyo ser también es de maíz. En acercamiento mágico, lo divino y lo humano hacen posible percibir en el libro y espejo portentoso, donde, a su vez, también está el maíz, lo que habrá de ocurrir.

Tanto este sortilegio, como el ya citado testimonio del *huehuehtlah-tolli*, antigua palabra, nos revelan aspectos que cuentan entre los más sutiles en el ser divino y humano, protosimbólico, del maíz. La anti-



gua palabra nos dice que para nosotros es el maíz la plenitud de cuanto podemos merecer (*tocenmaceuh*) nuestro cuerpo, nuestro destino, la posibilidad misma de servir a los dioses. La antigua palabra proclama que gracias a *tonacáyotl* podemos vivir, movernos, alegrarnos. En virtud de “nuestro sustento” hay mando, poder y conquistas. Por él subsiste la tierra, vive el mundo. Por obra de la invocación del sortilegio podemos también entrever que gracias a *tonacáyotl*, no sólo hace el hombre *tlamacehualiztli*, merecimiento y sacrificio, para el sustento de los dioses, sino también alcanza otra forma de acercamiento. Propicia ésta la entrada en el misterio de los destinos, lleva a descubrir en ese tan peculiar libro y mágico espejo lo que puede o no ocurrir, lo bueno y lo malo que nos traerá el porvenir. El sortilegio —en el reencontro de lo divino y lo humano del maíz— viene a ser así consumación portentosa de los afanes por saber acerca de los tiempos futuros.

Los testimonios que aquí he aducido —y que son tan sólo una mínima parte de otros muchos al alcance— muestran que, en la plenitud del universo sagrado de Mesoamérica, a partir de sus edades anteriores, en la época actual y en lo que del futuro puede adivinarse, *tonacáyotl* se torna por todas partes presente y actuante. Confiere él a la cultura de Mesoamérica numerosas formas de coherencia. Es protosímbolo, protagonista esencial en la estructuración de su visión del mundo y de su *ethos* personal y social. En apoyo de esto último podrían citarse otros muchos textos que hablan de las faenas de la agricultura y las ceremonias que las acompañaban, o acerca de numerosos aspectos a lo largo de la vida cotidiana como para dar un solo ejemplo, cuando al cortar el cordón umbilical del recién nacido, se hacía que cayeran unas gotas de su sangre sobre una mazorca de maíz. Los granos de ésta se sembraban después para vincular para siempre a la correspondiente *milpa* o sementera con el destino del niño (Thompson, 1972, p. 283).

La conceptualización mesoamericana del maíz, una de las más ricas en connotaciones que llegó a desarrollarse en esta cultura, merece otras muchas formas de análisis, tanto por sí misma como para valorar si constituye una especie de paradigma de un género de fenómeno cultural digno de particular atención. La pregunta sería: ¿pueden identificarse, en otros contextos culturales, realidades como ésta que dan lugar a conceptualizaciones que adquieren, después, el carácter de símbolo protagónico o, más concisamente, de protosímbolo, en la plenitud de su todo social?



BIBLIOGRAFÍA

- ALVARADO TEZOZÓMOC, Hernando
1944 *Crónica mexicana*, México, edición de Vigil, reimpresso por Editorial Leyenda.
- Anales de Cuauhtitlán*
Véase *Códice Chimalpopoca*.
- Antigüedades de México*
1964 Basadas en la recopilación de Lord Kingsborough, estudio e interpretación de José Corona Núñez, 4 v., México, Secretaría de Hacienda y Crédito Público.
- Códice Borbónico*
1974 Comentario de Karl Anton Nowotny, Graz.
- Códice Chimalpopoca*
1975 Edición, fototipia y traducción de Primo Feliciano Velázquez, México, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Códice Fejérváry-Mayer*
1985 Tonalámatl de los pochtecas, edición de Miguel León-Portilla, México, Celanese Mexicana.
- Códice Florentino*
1977 Manuscritos 213-220 de la Colección Palatina, Biblioteca Medicea Laurenziana, 3 v., edición facsimilar dispuesta por el gobierno mexicano, México.
- Códice Matritense del Real Palacio*
1905 (Textos en náhuatl de los indígenas informantes de Sahagún). Edición facsimilar de Francisco del Paso y Troncoso, VI, 2a. parte y VII, fototipia de Hauser y Menet, Madrid.
- Códice Magliabecchi*
1970 Introducción de Ferdinand Anders, Graz.
- Codex Telleriano Remensis*
1899 Manuscrit Mexicain du cabinet de Ar. M. le Tellier, archevêque de Reims, aujourd'hui à la Bibliothèque Nationale (ms. Mex. 385). Edición de E. T. Hamy, Paris.
- Códice Tudela*
1980 Reproducción facsimilar y estudio de José Tudela de la Orden y Wigberto Jiménez Moreno, Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana.



Codex Vaticanus A. (Ríos)

- 1900 II Manuscrito messicano Vaticano 3738 detto il codice Ríos, riprodotto in fotocromografía a spese di S.E. il duca di Loubat per cura della Biblioteca Vaticana, Roma.

Chilam Balam of Chumayel

- 1967 Texto maya y versión al inglés de Ralph L. Roys. Norman, University of Oklahoma Press.

DURÁN, fray Diego

- 1967 *Historia de las Indias de Nueva España e islas de tierra firme*, 2 v., edición preparada por Ángel María Garibay K., México, Editorial Porrúa.

FLORESCANO, Enrique y Alejandra Moreno Toscano

- 1965 *Bibliografía del maíz en México*, Xalapa, Universidad Veracruzana.

FUENTE, Beatriz de la

- 1966 *La escultura de Palenque*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas.

GARIBAY K., Ángel María

- 1958 *Veinte himnos sacros de los nahuas*, Informantes de Sahagún, 2, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas.

HERNÁNDEZ, Francisco

- 1960- *Obras completas*, 7 v., Germán Somolinos (editor), México, Uni-
1985 versidad Nacional Autónoma de México.

LEÓN-PORTILLA, Miguel

- 1968 *Tiempo y realidad en el pensamiento maya*, prólogo de J. Eric S. Thompson, apéndice de Alfonso Villa Rojas, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

MEADE, Joaquín

- 1948 *Iziz Centli (El maíz)*. México, Talleres Gráficos de la Nación.

Popol Vuh. Las antiguas historias del Quiché.

- 1953 Edición de Adrián Recinos, 2a. edición, México, Fondo de Cultura Económica.

- 1971 *The book of counsel: The Popol Vuh of the Quiche Maya of Guatemala*, editado por Munro Edmonson. New Orleans, Middle American Research Institute.

RECETARIO MEXICANO DEL MAÍZ

- 1982 México, Museo de Culturas Populares.



ROJAS R., Teresa y William T. Sanders

1985 *Historia de la agricultura. Epoca prehispánica-siglo XVI*, 2 v., México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.

RUIZ DE ALARCÓN, Hernando

1899 “Tratado de las supersticiones y costumbres gentílicas que hoy viven entre los indios naturales desta Nueva España”, en *Anales del Museo Nacional de México*, t. VI, p. 125-224.

SAHAGÚN, fray Bernardino de

1946 *Historia general de las cosas de la Nueva España*, edición de Miguel Acosta Saignes, México, Editorial Nueva España.

Teogonía e historia de los mexicanos

1965 Edición de Ángel María Garibay K., México, Editorial Porrúa.

THOMPSON, J. Eric

1972 *Maya history and religion*. Norman, University of Oklahoma.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS